Cuadernos de Ilustración y Romanticismo
Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687
nº 18 (2012)

CENTENARIO NUEVO, MEMORIA VIEJA

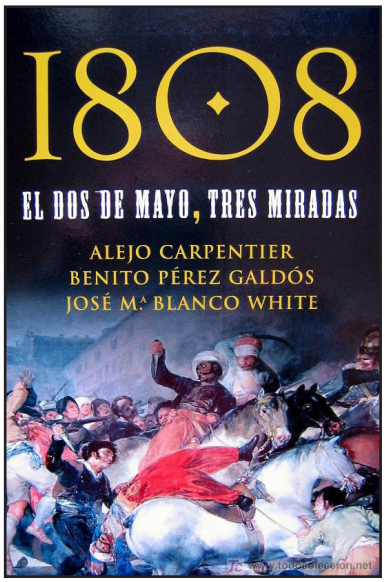
Alejo Carpentier, Benito Pérez Galdós y José María Blanco White (2008), *1808. El dos de mayo, tres miradas*, prólogos de Esperanza Aguirre y Fernando García de Cortázar, introducción de Fernando García de Cortázar y Eduardo Torrilla Madrid, Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad, 400 pp.

Antonio Alcalá Galiano, Ramón de Mesonero Romanos, Gaspar Melchor de Jovellanos, Antonio de Capmany y Mariano José de Larra (2008), *Relatos después de la batalla. 1808-1823*, prólogos de Esperanza Aguirre y de Fernando García de Cortázar, introducción de Antonio Fernández García, Madrid, Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad, 425 pp.

Stendhal, Honoré de Balzac, Álvaro Mutis, W. S. Landor, Joseph Conrad, Arthur Conan Doyle y Manuel Mujica Láinez (2008), *1808. La memoria alargada. Recuerdo y ficción de la época napoleónica*, prólogos de Esperanza Aguirre y de Fernando García de Cortázar, introducción de Antonio Fernández García, Madrid, Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad, 400 pp.

Juan Romero Alpuente, Valentín de Foronda, Álvaro Flórez Estrada, Francisco Martínez de la Rosa, Gaspar Melchor de Jovellanos, Agustín de Argüelles, José Caro Sureda, Francisco Martínez Marina y Antonio Alcalá Galiano (2009), *La nación se hizo carne. España, 1808*, prólogos de Esperanza Aguirre y de Fernando García de Cortázar, introducción de Ricardo Martín de la Guardia, XL + 369 pp.

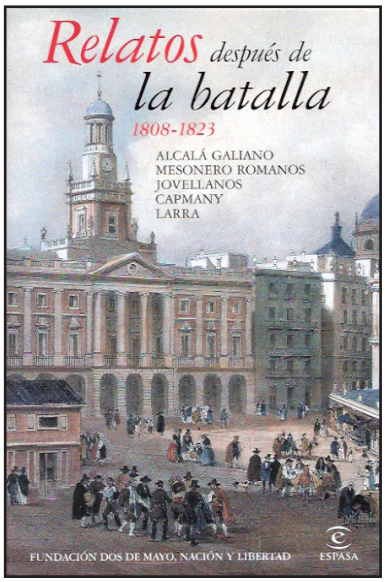
http://dx.doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_Romant.2012.i18.19



La nómina de escritores y obras que se juntan en estos cuatro libros es variopinta, y eso que no son los únicos que se han publicado por la *Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad* con motivo del bicentenario de la revuelta de 1808, bajo la dirección de un historiador tan experimentado como Fernando García de Cortázar. Aunque son publicaciones independientes, forman una serie que aspira a construir un discurso común, de modo que admiten ser analizados también en común. Pero antes de entrar en alguna consideración sobre ellos, conviene fijarse en el sentido mismo de la propuesta y para ello lo mejor es atender al consejo de los buenos detectives: seguir el rastro del dinero. Ese rastro conduce a la Comunidad de Madrid, no en vano cada uno de los volúmenes, según usanza general y multipartidista por estos *pagos* hispanos, lleva un prologuillo firmado por doña Esperanza Aguirre Gil de Biedma en su doble condición de presidenta de Comunidad y de Fundación.

El que abre las *Tres miradas* del Dos de Mayo expresa el sentido político que se quiere atribuir a la conmemoración, sentido que se basa en una mentira objetiva, de honda raíz decimonónica y nacionalista, cuya vigencia parece quererse restaurar: «lo más notable de aquella rebelión [...] es que hizo aflorar una conciencia y un sentimiento comunes en los madrileños y en todos los españoles», «los madrileños y los españoles de 1808 eligieron, como un solo hombre, arriesgar la vida por la dignidad y la libertad». Otros estereotipos sobre la guerra de la independencia que también se diseminan aquí y allá —que la revuelta era popular y espontánea, que el objetivo de la lucha era la libertad y dignidad nacional, que tal revuelta alumbra una nación moderna basada en la unión de ciudadanos libres e iguales— son discutibles y se han discutido mucho, pero focalizar el trauma de 1808-1814 bajo la luz de la unidad de los españoles, *como un solo hombre*, contradice radicalmente los hechos. Equivale a decir que una guerra civil fomenta la cohesión social. Porque se trata de eso: no de una, sino de varias guerras civiles superpuestas sobre una invasión extranjera y una guerra mundial. La guerra de los españoles partidarios de Bonaparte —ni pocos ni desdeñables, ni todos ellos oportunistas— con los de la dinastía borbónica, identificada de forma tan coyuntural como equívoca con la independencia plena del país; la de los españoles liberales con los hostiles a las reformas, que luchaban por metas opuestas en una contienda que pronto pasaría de las palabras a las armas; la de los españoles americanos y europeos enfrentados por la independencia de Ultramar. Sorprende que a estas alturas se siga presentando este episodio como un ejemplo sublime de unidad nacional. Las discordias civiles hacen mal efecto, pero es lo que hay. La unanimidad colectiva es un fantasma nacionalista, y como todos ellos pretende proyectar el futuro sobre el pasado o, peor aún, modelar creencias y conductas presentes.

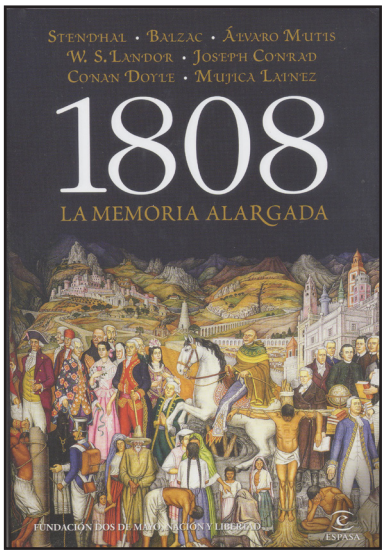
Pero de las intenciones que mueven tales discursos retrospectivos hay poco que explicar: si algo no caracteriza el debate político español, es la sutileza. Me interesan otras derivadas. Quizá sea más útil preguntarse para qué sirven a la gente, a la sociedad actual, estos libros, estos fastos, estos alardes. Los bicentenarios encadenados a partir



de 2008 (del Dos de Mayo, de la reunión de las Cortes, del decreto de libertad de imprenta, de la constitución de Cádiz, de las independencias americanas..., de cada una de las batallas, sitios, próceres y proezas locales o regionales) amenazan con generar una avalancha de *lieux de mémoire* de tal volumen y verbosidad que sea apenas masticable y digerible para una sociedad que hoy por hoy —está claro que algunos se afanan en ponerle remedio— sigue bastante indiferente al reclamo movilizador de una memoria nacionalista. Aparte de lo mucho y bueno que se está haciendo en el terreno académico y descontando lo mucho y malo que se suma al carro del oportunismo celebrativo —sígase de nuevo el rastro del dinero—, la impresión que queda es desconcertante en cuanto a la proyección pública y social. Y esta colección de libros se endereza a dicho fin; no es para especialistas, no persigue arrojar nueva luz ni descubrir nada, así que no ha de ser juzgado según criterios de excelencia filológica o histórica. Pretende trasladar una memoria a la sociedad, recuperar unos textos literarios que popularicen la conmemoración: en ese plano merece ser considerada.

La belleza literaria de las piezas elegidas no se cuestiona. *El siglo de las luces* es quizá la mejor novela que se haya escrito en nuestra lengua sobre la época de las revoluciones y sobre la bifronte naturaleza moral del hecho revolucionario. Cuanto se edite y se relea a Blanco White, implacable conciencia crítica de España, será bueno. Galdós, Alcalá Galiano y Mesonero no desmerecen por la altura de su estilo y el interés de sus obras, y son clásicos indiscutibles (por desgracia) en estas materias. Para muchos será un hallazgo Capmany y su *Centinela contra franceses*, libelo de estilo vibrante y acerado que refleja magistralmente las cualidades y limitaciones de alguien que manejaba la lengua con pujos de militar: «No es este tiempo de estarse con los brazos cruzados el que puede empuñar la lanza, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar el don de la palabra para instruir y alentar a sus compatriotas». Larra es un articulista genial, aunque la azarosa elección de «El hombre-globo» no se me antoja afortunada: flojo en la expresión y difuso en su arquitectura alegórica, no hace honor a quien tanto dominaba el ritmo y la intensidad del artículo periodístico. Las piezas reunidas en *La memoria alargada* sorprenden por su carácter excéntrico, y solo por eso valen la pena, aunque uno no sabe si de ellos realmente se deduce que «la lucha de los españoles por su Nación y por su libertad trasciende las fronteras de la Historia para penetrar en las del mito», como afirma el prólogo institucional; y de paso... uno se pregunta por el singular empleo (des)mitificador de mayúsculas y minúsculas, que hace que la nación gane en estatura a la libertad, y la historia al mito.

La *Memoria* de Jovellanos pertenece al áspero territorio de las apologías políticas y será más ingrata de leer, pero la grandeza del personaje transpira entre un estilo por veces abotargado de puro leguleyo. Lo que no es muy lógico, como estrategia editorial, es que la misma obra aparezca repetida en dos volúmenes. Dicho texto se ha entendido a la vez como *relato después de la batalla* y como exponente de *la nación hecha carne*. Tal doble adscripción manifiesta algún que otro problema de la ecuación sobre la que se articula

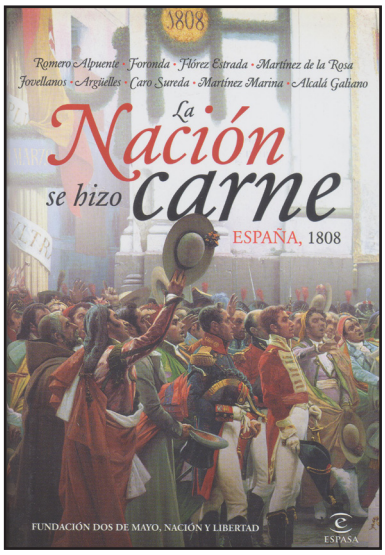


la serie: la que traslada de forma mimética 1808 sobre 1812 y 1812, en última instancia, sobre el presente. De ahí que un bicentenario del Dos de Mayo y del comienzo de la Guerra de la Independencia se haga bascular hacia el bicentenario de la constitución, mostrando de manera teleológica a la nación liberal de 1812 como el objeto del levantamiento de 1808. El volumen *La nación se hizo carne* es el más comprometido al respecto, ya que recoge una completa batería de fuentes directas de la inquietud constituyente entre 1808 y 1812, y de la posterior pedagogía constitucional.

Siguiendo en el apartado de malabarismos conceptuales, habría que distinguir entre lo que los textos dicen y lo que se pretende que digan, cuestión inevitable en toda antología. Es significativo el caso de la carta XII de las *Letters from Spain* de José María Blanco White, cuya apretada biografía en el prólogo de las *Tres miradas* es el acostumbrado centón de tópicos. El peor de ellos consiste en tratarla como si fuese el vívido relato presencial de un periodista que describe lo visto y oído en mayo de 1808. Confundir calidad literaria con calidad testimonial es la mayor prueba del acierto de un escritor y de la ingenuidad de un lector. El texto se escribió en inglés en 1822 dentro de un elaborado artificio compositivo encaminado a traducir su experiencia de la crisis española —pero también su análisis *a posteriori*— a un público británico protestante y lleno de ideas preconcebidas; considerarlo una fuente directa es, como poco, una exageración. Por otra parte, Blanco es el autor menos complaciente que quepa imaginar con el proceso revolucionario de 1808-1814 y con la *nación hecha carne* en 1812; si se hubiera seleccionado casi cualquier otro texto de las *Letters* o de su producción periodística entre 1809-1825, su lectura hubiera discordado notablemente de la mitificada visión de un unánime y entusiasta pueblo-nación en armas.

En ese sentido mitificador, no sorprende la nutrida presencia en esta serie del que podríamos definir como «núcleo duro» de esa auténtica *memoria alargada*, la que cristaliza en España como relato oficial de la Guerra de la Independencia desde mediados del XIX: los *Recuerdos de un anciano* de Alcalá Galiano, las *Memorias de un setentón* de Mesonero Romanos y los *Episodios nacionales* galdosianos. Esa tríada, cuyo miembro más joven es también el más influyente, ha determinado retrospectivamente la imagen de los acontecimientos de manera más poderosa que ningún libro de historia. Y lo ha hecho, a mi modo de ver, de un modo pernicioso, fijando una lectura pobre, desideologizada, antipolítica, conservadora y populachera del trauma nacional. Esa es la lectura que un autor progresista como Galdós vino a consagrar, según mi opinión, traicionándose a sí mismo. Esa es también la lectura decimonónica que, con pocas correcciones, pretende restaurarse ahora para difundir una nueva (pero viejísima en realidad) vulgata didáctica para uso de Bicentenarios.

Pero en otros de los textos recopilados, los más coetáneos, los más refrescantes desde el punto de vista de la memoria, el lector podrá leer una realidad con menos disimulo y en el proceso mismo de definirse, una realidad que era cualquier cosa menos unánime y que muestra que en 1808 muchos —ni por asomo todos— se levantaron, pero



que lo hicieron cada cual por motivos distintos y con metas que fueron cambiando y contrastándose en un complejo y acelerado proceso, donde solo unos pocos pensaban en una nación soberana unida en libertad e igualdad. El encendido patriotismo de la *Centinela* de Capmany, de aristas reaccionarias, es ajeno y hostil a la idea liberal de nación. Las peripecias verbales de Jovellanos al revisar la trayectoria de la Junta Central muestran la durísima tensión hasta 1810 entre frenar o impulsar la mutación de la soberanía. Los textos de Romero Alpuente, Foronda, Flórez Estrada y otros representan el radicalismo que quedó fuera de la mayoría —que no consenso— constituyente de 1812...

Se me antoja, a modo de conclusión, que estos fastos se están encaminando, más que a *conmemorar* (esto es, a recordar juntos), a *rememorar* (a refrescar lo que otros recordaron). No sé si eso sirve para algo, al menos para algo bueno. Creo que es mejor comprender el sentido, utilidad y origen histórico de la idea de nación —también, por lo tanto, su mutación o su caducidad—, en lugar de intentar reafirmarla hoy retroproyectando épicas nacionalistas que tal como se formulan no remiten a un 1808 real, sino al articulado a fines del XIX y que desde allí pretende hacerse saltar hacia atrás y ahora otra vez hacia adelante, hasta nuestros días. Quizá, si se me permite algo de cinismo, la pregunta más pertinente sería cómo hacemos para librarnos de una vez del siglo XIX. No obstante, lo más sugerente de esta biblioteca accidental son los cruces de sentido y las discordancias entre los textos y el valor que su designio editorial parece quererles extraer. Leyéndolos desprejuiciadamente, deconstruyen, más que articulan, el mensaje que busca la *Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad*. Los prologuillos de doña Esperanza van a lo que sabemos; las sentidas introducciones de García de Cortázar y de Torrilla, entre lo lírico y lo épico, rezuman esa atracción por una experiencia sentimental de la historia que padecen tan a menudo los mejores historiadores; los breves estudios preliminares suelen ser profesionales y técnicos, cual corresponde; y, en fin, como tiene que ser, las obras transitan cada una por donde quiere e invitan al lector a hacer lo propio. Si ese fuera el resultado, valdrá la pena.

Fernando Durán López